

## *El poeta y el visitador, historia y lenguaje*

*En "El poeta y el visitador, historia y lenguaje" el autor nos acerca a la Huasteca potosina del último cuarto del siglo XIX, y a partir de la interpretación de dos libros escritos por autores mestizos sobre la región: La Huasteca potosina: ligeros apuntes sobre este país (1876) de Antonio J. Cabrera y, Poesías líricas (1891) de Marcelino Sánchez, explicita y comenta "dos visiones de un mundo"; la del visitador con su positivismo darwinista, y la del poeta y su recreación desinteresada. Prosa y poesía para el conocimiento de una época, en la que tras la configuración de una "cultura nacional" se decreta la homogeneidad como condición del México moderno.*

## *The Poet and the Visitor, History and Language*

*In "The Poet and the Visitor, History and Language" the author join us to the last quarter of XIX century of Huasteca Potosina, and starting from the interpretation of two books written by crossbreeds authors about the region: La Huasteca potosina: ligeros apuntes sobre este país (1876) by Antonio J. Cabrera, and Poesías líricas (1891) by Marcelino Sánchez, explains and comments "two visions of a world"; the first one about the visitor with his darwinian positivism, and the other about the poet and his desinterested recreation. Prose and poetry to the knowledge of a period, in which behind the configuration of a "national culture", the homogeneity has been decreed as a condition of the modern México.*

# El poeta y el visitador, historia y lenguaje

IGNACIO BETANCOURT

Descubridora

*En nuestra inevitable subordinación al  
pasado, condenados como lo estamos, a conocerlo  
únicamente por sus rastros, por lo menos hemos  
conseguido saber mucho más acerca de él que  
lo que tuvo a bien dejarnos dicho.*

Marc Bloch, 1941

*Al oponerse tanto a la esterilidad como  
al gasto, coherentemente con la razón  
propia del cálculo, la sociedad burguesa  
no ha conseguido más que desarrollar la  
mezquindad universal.*

Georges Bataille, 1949

## LA HUASTECA POTOSINA EN EL SIGLO XIX

“La exuberancia es el placer”, escribió el poeta William Blake; pero en el caso de la Huasteca la afirmación se cumple a medias, pues su abundancia más bien ha significado una maldición para los nativos.

Hurgando en la producción literaria potosina del último cuarto del siglo XIX, encontré un libro del cual, afortunadamente, aún se conserva un ejemplar en la Biblioteca Ramón Alcorta Guerrero de la Casa de la Cultura; me refiero a *La Huasteca potosina. Ligeros apuntes sobre este país* (180 pp.), de Antonio J. Cabrera (S.L.P., 1815-1877). Su prosa

---

Ignacio Betancourt

El Colegio de San Luis A. C. Correo electrónico: [ibetancourt@colsan.colmex.mx](mailto:ibetancourt@colsan.colmex.mx)

eficaz y la trágica belleza de sus contenidos me llamaron la atención, pese a no corresponder a la materia inicial de mis indagaciones, pues son los informes de un visitador oficial a una región del estado.

El libro fue escrito a fines de 1872 y principios del 73, y publicado en 1876 por Tipografía del Comercio, en la capital potosina. El autor lo dedica al gobernador del estado, Pascual M. Hernández, y aclara que no busca “en ellos el mérito literario que no tienen sino la verdad”, que es la expresión narrativa de su verdad, la cual, pese a su ambición de ser objetiva no logra superar el reduccionismo de su perspectiva. Cabrera se inserta en la tradición de los viajeros cronistas, como Thomas Gage, inglés del siglo xvii que recorre el sureste mexicano, o Alexander Von Humboldt que a principios del xix incursionó por el territorio nacional. Aunque el potosino recorre su Huasteca, igual es un extraño para la región, incluso la llama “país”. Para la actitud colonialista reactualizada por la política porfirista respecto a la cultura indígena, el nativo es visto como un extranjero, y pese a ser el propietario ancestral del territorio resulta “exótico, extraño y hasta cierto punto ‘nuestro’, susceptible de ser controlado para comerciar libremente con él o para suprimirlo si despierta a la resistencia militar o política”.<sup>1</sup>

Poco después, revisando la década 1891-1900, hallé un voluminoso libro de poemas, escrito por un autor de Coscatlán —una región recorrida por el visitador Cabrera—, y de inmediato sentí que la Huasteca me hacía un guiño. Se trata de *Poesías líricas* (419 pp.), publicado en 1891 por Imprenta y Litografía de M. Esquivel y Compañía, en la ciudad de San Luis Potosí, versos de Marcelino Sánchez (Coscatlán, 1836-1907?), un poeta por supuesto nunca antologado por la historiografía literaria local, y de quien sólo se conoce, lamentablemente, una ínfima parte de su obra. El título *Poesías líricas* puede referirse a lo lírico como emoción o subjetividad, pero también a lo improvisado, pues coloquialmente lo lírico alude a lo “no profesional”.

Lo primero que el doble hallazgo me impulsó a hacer fue una comparación entre la forma en que era recreado por dos escritores un mismo espacio; un visitador y un poeta hablando de la Huasteca. Conceptos como sintagma y paradigma llegaron a mí de inmediato, pero al proceder a la lectura de ambos textos, me pareció forzado reducirlos a un marco lingüístico o literario, y sin pretender incursionar en lo propiamente historiográfico, pensé que lo más interesante de ellos era su valor testimonial y simbólico, entonces denotación y connotación, más que en su pertinencia literaria, se manifestaron como expresión de un conjunto de relaciones sociales, políticas y culturales que era necesario explicitar.

<sup>1</sup> Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 1996, p. 132.

La prosa de Cabrera, fluida y limpia, formalmente no ofrece mayor interés; la poesía de Sánchez, en su mayor parte son, más bien, descripciones versificadas; sin embargo, la diversidad de sus miradas, e incluso los objetivos de cada discurso me parecieron aspectos de un enorme interés. Los dos discurrían sobre una temática común, los dos eran potosinos adultos en el último cuarto del siglo XIX, pero no era la prosa o el verso lo que los distinguía, ni tampoco sus diferencias curriculares, o el que uno viviera en la capital de San Luis y el otro en un pequeño pueblo del corazón de la Huasteca; ambos eran ilustrados a su manera, y creo que también modernos; Antonio era ingeniero topógrafo, visitador nombrado por el gobierno estatal; y Marcelino, poeta y cafetalero de Coscatlán. Entendí que sus versiones ilustraban dos maneras de apropiarse de la realidad, cosmovisiones mediadas por una compleja articulación que producía dos discursos específicos: uno a partir del sujeto —el de Marcelino— y otro como ángulo de visión —el de Antonio—; los dos recreando un contexto donde comenzaban a sentarse las bases del México de hoy.

Con *Poesías líricas* y *La Huasteca potosina. Ligeros apuntes sobre este país* se intenta una lectura en contrapunto, que alejada de reduccionismos, espero, permita una aproximación a los textos sabiendo que lo que ocurra en la Huasteca se reflejará en la capital potosina, específicamente en el grupo porfirista que ocupa el poder. Es conveniente aclarar que aunque el Porfiriato inicia en noviembre de 1876, por lo menos una década antes su particular filosofía, el positivismo, ya estaba en auge con el grupo liberal gobernante. En los libros comentados, la autoridad de los narradores, el poeta y el visitador, rige sobre sus textos pero también muestra, a pesar de ellos o intencionalmente, la realidad local y nacional en un determinado momento histórico.

No lo confirmarán mis interpretaciones ni la aplicación de algún enfoque pertinente —en este caso la historia cultural—, ni una reflexión casuística o alguna orientación ideológica; lo habrán de confirmar el testimonio escrito de dos hombres contradictorios y lúcidos a su manera, que tuvieron la excelente idea de contar cómo era ese trozo de mundo llamado Huasteca potosina.

La selección de textos ha sido realizada con la gozosa idea de ofrecer la posibilidad de un disfrute estético y anecdótico, pensando en un público amplio que tenga interés en conocer cómo era la Huasteca potosina en esa época, más que para comprobar una hipótesis que aparece implícita en las obras presentadas. Este trabajo intenta rescatar del olvido y el desconocimiento a dos singulares autores potosinos quienes, desde su contexto, configuran el retrato conmovedor y dramático de un tiempo que parece burlonamente repetirse en los inicios del tercer milenio.

El Porfiriato no sólo es el recorte temporal de la historia de México en el último cuarto del siglo XIX e inicios del XX, es también el momento de la consolidación de un país,

expresada en un desarrollo social, cultural y tecnológico que habría de definir su perfil actual. En ese periodo, la escritura —en prosa y verso— madura como expresión nacional propia y subvierte y recrea un México mediado por la visión de los distintos grupos sociales que lo conforman, lecturas de un entorno que luego de varios siglos de colonia, comienza a incorporarse a la modernidad decimonónica. Pero de ese conjunto de escritores sólo se conocen las figuras nacionales: Nervo, Díaz Mirón, Tablada, Othón, quienes superando la decadencia de la llamada segunda generación de los románticos (Peza, Flores, Plaza, etc.) universalizan “el nacionalismo” de su poesía; Altamirano, Prieto, Payno y Gamboa en la narrativa, los que alejándose del inevitable costumbrismo incorporan el realismo como actividad literaria. Y si acaso las figuras locales de la capital potosina: Palomo, Gamarra, Sustaita, De Asís, etcétera, pero ni hablar de los escritores municipales y menos, rurales. Lo mismo para los cronistas, oficiales o no.

Más grave aún: pareciera que los historiadores no se han percatado de la enorme cantidad de conocimiento histórico, simbólico y documental, que se encuentra en la producción literaria de todas las épocas. Revisando una extensa bibliografía sobre temas de la Huasteca, no se encontró un solo título que incorporara a la historia de la región fuentes literarias.

Ya en los años cuarenta, el historiador Marc Bloch señalaba la importancia del conocimiento “que se nos deja entender sin haber deseado decirlo”, como en el caso de las vidas de los santos, que si bien son incapaces de enseñarnos algo sólido acerca de los piadosos personajes cuyo destino pretenden evocar, si al contrario, interrogamos acerca de las maneras de vivir o de pensar correspondientes a las épocas en que fueron escritas —cosas todas ellas que la hagiografía no tenía el menor deseo de exponernos— las hallaremos de un valor inestimable”.<sup>2</sup>

En el libro del ingeniero Cabrera, la magnificencia de lo descrito se enfatiza por la concisión del estilo; la diversidad de asuntos es la expresión barroca donde naturaleza y hombre resultan un binomio violentado por la orientación política predominante en ese momento. En la versión del visitador, la exuberancia de la zona, su flora, su fauna, sus hombres, se vuelven inevitablemente trágicos para un lector contemporáneo. La crónica del ingeniero se salva del pintoresquismo y se traduce en un relato donde la desmesurada vitalidad del paisaje interacciona en armonía con las necesidades de sus habitantes. Irónicamente, lo que Cabrera desprecia resulta valorado en una lectura de este fin de siglo, y lo que él propugna queda descalificado, dada la actual devastación ecológica impulsada por la globalización y el lucro. La alteridad inculca a Cabrera y lo hace traicionar involuntariamente su objetivo, pues aunque su misión se cumple, su discurso es un implícito homenaje a lo que desprecia

<sup>2</sup> Marc Bloch, *Introducción a la historia*, FCE, México, 1996, p. 53.

por convicción o por encargo. Resulta significativo que posteriormente a la aparición del libro de Cabrera, en 1878 el gobernador Diez Gutiérrez enviara una comisión para incrementar el fraccionamiento de tierras indígenas. El término “indígena” implica una homogeneización que no existe pues hay más de cincuenta etnias en el país, pero por motivos prácticos se mantiene; también porque el ser indígena implica problemas comunes aunque se pertenezca a culturas distintas.

La sabia relación del nativo con su entorno convirtió a la naturaleza en un aliado, y el uso racional que de ella hacía propició la armonía de esa relación; la riqueza de una cultura milenaria, que en el tiempo en que el libro fue escrito aún estaba excelentemente conservada pese a los más de trescientos años de conquista, se ve explícitamente amenazada por el empuje modernizador de un país que en ese entonces —como ahora— consideraba un atraso la sobrevivencia del mundo prehispánico. Miguel Aguilar Robledo dice que la política del gobierno potosino reflejaba claramente “la visión en boga en la segunda mitad del siglo XIX: privatizar los bienes comunales y desamortizar la propiedad colectiva para, supuestamente hacerla más eficiente y productiva”.<sup>3</sup> El visitador abrió brecha para el control de la Huasteca por parte del gobierno del estado.

A pesar del salvajismo de esa segunda conquista, las culturas indígenas no han desaparecido, y actualmente se podría decir que se han reanimado en buena medida debido a la aparición del chiapaneco Ejército Zapatista de Liberación Nacional en enero de 1994, y al fracaso del progreso capitalista que ha ido reduciendo la vida humana a un empobrecimiento cada vez más irracional.

El otro libro, *Poesías líricas*, la obra de don Marcelino Sánchez, remite —guardadas todas las proporciones— a *De la natura de las cosas*, de Tito Lucrecio Caro (Roma, 94-50 a.C.), pues se recurre al verso para describir la naturaleza y el conocimiento de la misma, y aunque el poema latino es también un compendio de la ciencia de su época, cosa que no se da en don Marcelino, coincide con *Poesías líricas* en cuanto a la visión materialista del mundo y la diversidad de los temas tratados. El enorme conjunto de estrofas es una riquísima descripción de la misma zona por la que Cabrera viaja, y es además una polifonía, pues el autor decidió incorporar una amplia muestra de la obra de otros poetas o versificadores contemporáneos, anónimos y conocidos de él, con los cuales mantenía un interesantísimo intercambio epistolar en verso, proporcionando así un mosaico cultural de enorme riqueza para el conocimiento de la cotidianidad de ciertos grupos sociales, sus influencias, sus relaciones, sus imaginarios.

<sup>3</sup> “Los condueñazgos del oriente de San Luis Potosí, México, de finales del siglo XIX a principios del XX: algunas reflexiones teóricas”, mecanuscrito, p. 16.

El poeta agricultor nació y vivió en Coscatlán, villa que en 1873 tiene 2,052 habitantes, de los cuales sólo 300 no son indígenas y solamente 40 personas saben leer y escribir, lo que vuelve muy singular el recurso usado por Sánchez para dar a conocer sus opiniones sobre el entorno; en un medio donde prácticamente nadie sabe leer, la versificación escrita debió resultar casi mágica.

*Poesías líricas*, más que un libro de poesía, resulta un diario íntimo donde la vida de una región, de la Huasteca potosina en los finales del siglo XIX, se expresa en una multiplicidad de enfoques. No es nada más el intercambio de cartas en verso entre hombres rurales, es también la expresión de una modernidad —por su visión crítica y su deseo de comprender materialistamente el mundo— en confrontación con la otra modernidad, el capitalismo que consolida ferozmente su crecimiento, en esas mismas fechas en que Federico Nietzsche habla de la muerte de Dios, cuando:

... el capital toma en sus manos la administración puramente humana de la tierra; él es [el capital] quien sustituye efectivamente a la administración de Dios así como a los mandamientos de los reyes; él es quien modela y se apropia, coloniza y provoca, invade y reina, disponiendo si es necesario, de la razón tanto como de la religión, utilizando todo lo que le es útil (y todo le es útil y todo puede servirle).<sup>4</sup>

Como una muestra de la ideología predominante en ese momento podemos citar a William Graham Sumner, una de las voces sociales más influyentes de finales del siglo XIX en Estados Unidos, quien sostenía: “Como una primera anticipación de Ronald Reagan,<sup>5</sup> que el sistema económico recompensa justamente al rico por su contribución al bienestar general y castiga sabiamente al pobre por su incapacidad”.

Marcelino Sánchez conoce la capital potosina y ha viajado a la capital del país, “en ferrocarril montando/ Pronto a San Luis me llevó./ Constante allí mi deseo/ Al ver las locomotoras/ A México en pocas horas/ Alguna me transportó”.<sup>6</sup> Pese a su sed de conocimiento, a los pocos días el agricultor extraña Coscatlán y pronto regresa. Pero a su manera es un hombre actualizado, le gusta leer poesía y sobre temas astronómicos, experimenta en cuestiones agrícolas y tiene a un hijo estudiando en la Ciudad de México.

El contenido de *Poesías líricas* abarca flora, fauna y costumbres regionales, y es un acceso privilegiado a una intimidad, generalmente exceptuada en la historiografía predominante sobre el tema. Es una crónica escrita en metros diversos y estrofas varias donde,

<sup>4</sup> Jean Cristophe Bailly, *Adiós. Ensayos sobre la muerte de los dioses*, JCH editores, México, 1998, p. 20.

<sup>5</sup> Citado en John Kenneth Galbraith, *Un viaje por la economía de nuestro tiempo*, Ariel, Barcelona, España, 1994, p. 51.

<sup>6</sup> Marcelino Sánchez, *Poesías líricas*, 2a. edición corregida y aumentada, Imprenta y Litografía de M. Esquivel y Compañía, San Luis Potosí, 1891, p. 12.

pese a la limitación de sus recursos formales, se percibe el deseo de búsqueda en las formas expresivas, por medio de las cuales se manifiesta una modernidad excluida por la modernidad porfiriana.

En una imagen que aparece en la primera página de *Poesías líricas*, Marcelino Sánchez se ve de medio cuerpo, con saco, chaleco, corbata y camisa de cuello duro. El hombre, de unos cincuenta años, luce el pelo corto, peinado de forma que en algo recuerda a Benito Juárez; un bigote recortado y “barba de chivo” larga y levantada. Pese a la rigidez de la pose y la dureza del ceño, el rostro denota serenidad. Lo grueso del material de su traje lo hace ver excesivamente formal, y en nada parece adecuado a la calidez huasteca. Bajo el retrato puede verse su ampulosa firma. De Antonio J. Cabrera no se pudo encontrar imagen alguna.

Las obras de ambos autores, que en un principio eran simplemente complementarias en la reconstrucción de un contexto, a medida que se van develando amplían sus alcances y proponen muy diversas consideraciones. En realidad los dos textos son básicamente descriptivos. No hay un autor mejor que otro; son dos formas lingüísticas empleadas para contar: una visión institucional que privilegia los intereses del grupo en el poder, y otra más horizontal cuya relación con la naturaleza recupera tradiciones ancestrales y valora al hombre por su trabajo; sin embargo, ambas se hermanan en la descripción de la región y los seres que la pueblan. En la prosa de Cabrera y su acercamiento denotativo, paradójicamente la escasez de tropos no anula el espesor de su lenguaje; por ejemplo, hablando de la caña, dice: “Ella sola sin riego ni cultivo progresa y enriquece a su dueño con su jugo azucarado”, mientras que en Marcelino Sánchez, el verso acentúa una dimensión poética más que como escritura como actitud hacia el entorno: “Cuando el café está floreado/ ¡Vieras su magnificencia!/ Yo lo contemplo extasiado,/ Se respira aire impregnado/ En aromática esencia”. La belleza de ambas expresiones, más que resultado del trabajo sobre el lenguaje, brota del asunto mismo.

Sin negar que en los dos libros asoma la poesía, la función dominante del lenguaje en ellos es siempre referencial, por lo que el sistema denotación-connotación pierde interés para el enfoque estrictamente literario y el tratamiento del tema se traslada de manera específica al análisis del discurso.

En la lectura de las dos obras se percibe que lo verdaderamente significativo de las mismas radica en la cosmovisión de los autores y no en sus formas expresivas; líneas temáticas comunes desarrolladas con diversa intencionalidad; dos imaginarios sobre una temporalidad.

Cabrera, visitador de los tres partidos de la Huasteca potosina, Ciudad Valles, Tancanhuitz y Tamazunchale, dice:



Salí de la capital en octubre de 1872. Desde que pisé los límites de aquella región privilegiada quedé encantado de su vegetación exuberante, tal vez estos apuntes podrán servir a los hombres emprendedores para que con sus capitales puedan hacer especulaciones comerciales e industriales de mucha utilidad, pues en todo país virgen se encuentran finalmente negocios lucrativos.<sup>7</sup>

Mientras que don Marcelino expresa:

El cultivar la tierra que alimenta/ Dizque es oficio bajo, degradante/ Y que sólo es grandioso y elegante/ El ocioso de fina vestimenta./ Así será, mas quedo aquí tranquilo/ Y salir de mi esfera no deseo./ Esta escabrosidad es mi recreo/ Siendo a mi pensamiento bello asilo./ En mis versos busqué con toda calma/ Manera de estampar la realidad,/ En ellos reflejada está mi alma,/ Describo cual comprendo la verdad.<sup>8</sup>

El visitador llega con una encomienda: escribir para dar a conocer una región que debe ser explotada por extranjeros y mestizos; el versificador escribe por gusto, como una necesidad emocional y no pragmática. La particular utilización del lenguaje en ambos, enriquece la expresión añadiendo otro elemento de interés, y en el caso del agricultor poeta la presencia de otras voces complejiza la reconstrucción del momento.

Ya decidido el plan para elaborar esta investigación, descubrí que Marcelino Sánchez y Antonio J. Cabrera se conocieron, o cuando menos uno supo de la existencia del otro, pues cuando el visitador recorrió la Huasteca en el invierno del 72, hablando sobre el cacao que intentaban aclimatar en la región, escribió:

Don Miguel Terán, vecino de Huehuetlán y don Marcelino Sánchez de Coscatlán [Cabrera no supo que este agricultor era un poeta y menos habría podido imaginar que ciento veinticinco años después se les hermanaría en un libro], tuvieron que ir a Chicontepetl, estado de Veracruz, a traer la semilla del cacao, y venir de pronto a sembrarla pues aseguran que después de quince días de cortada pierde la facultad germinativa. En este viaje anduvieron doscientas leguas para ir y volver con el deseo de ser los primeros que tuvieran ese fruto.<sup>9</sup>

En *Poesías líricas*, Sánchez no habla nunca del cacao, por lo que puede suponerse que esta iniciativa no prosperó. Respecto a Miguel Terán, el vecino que lo acompaña, bien pudo ser pariente del amigo poeta que aparece en su libro, el cual se llama Jesús S. Terán, quien participa con extraordinarios testimonios de la intimidad rural decimonónica del condueñazgo en que habita.

El difícil acceso a los libros comentados, la singularidad de sus orígenes y la propia rareza de los mismos los vuelven valiosa muestra de una época que, sin embargo, se mantiene

<sup>7</sup> Antonio J. Cabrera, *La Huasteca potosina. Ligeros apuntes sobre este país*, Tipografía del Comercio, San Luis Potosí, 1876, p. 5.

<sup>8</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 104.

<sup>9</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 71.

viva para disfrute y conocimiento de los lectores contemporáneos interesados en constatar la imposibilidad de clausurar un pasado lleno de advertencias y resignificaciones.

Cabrera escribió sus apuntes nombrado visitador por Mariano Escobedo, recientemente reinstalado en la gubernatura luego de una insurrección local contra el gobierno juarista. El resultado de su viaje se publicó en 1876, año en que Porfirio Díaz lanza su Plan de Tuxtepec, y en el estado inicia su cacicazgo, como gobernador, el general Carlos Diez Gutiérrez, quien se perpetuaría hasta su muerte en 1898 (salvo 80-84). Al mismo tiempo, en la Huasteca potosina se intensifica la pugna entre dos familias de terratenientes, los Santos y los Martel, y ya se gesta el movimiento guerrillero que en 1879 iniciará en Tancanhuitz y Tamazunchale, liderado por el gobernador indígena Juan Santiago. Cabrera falleció a los sesenta y dos años, en 1876, unos meses después de la publicación de su libro, año de álgida actividad política durante el cual hubo cinco gobernadores en San Luis Potosí.

Don Marcelino Sánchez tiene 55 años en 1891 y escribe versos desde su adolescencia. Un año antes se ha inaugurado la vía férrea San Luis-Tampico, y ya desde el 88 funcionaba la vía San Luis-México. Se fortalecen los grandes latifundios en todo el país, y aumenta la producción nacional, pero todo está en manos de empresarios principalmente norteamericanos, británicos y alemanes, como lo señala Leopoldo Zea: “Nuestra burguesía la formaron los terratenientes, los latifundistas, los especuladores que en vez de fomentar la industria mexicana la entregaban a los capitalistas europeos”.<sup>10</sup>

Tanto el visitador como el poeta eluden escribir directamente de la situación política de la Huasteca en el tiempo correspondiente a sus publicaciones, pero entre líneas se puede percibir la existencia de conflictos especialmente los relacionados con la posesión de la tierra, pues en la Huasteca, desde hacía siglos:

... la recuperación demográfica y su demanda de tierras para la producción de alimentos y por otro lado el despojo agrario y las prácticas de ganadería extensiva, junto con el ganado vuelto cimarrón todavía existente en el siglo XIX, se constituyeron en mezclas explosivas en la lucha por la tierra. Ordenes religiosas, españoles, mestizos y hasta algunos principales veían en ésta una fuente de riqueza.<sup>11</sup>

La intención del presente trabajo no implica necesariamente la confrontación de los puntos de vista de los autores, aunque inevitablemente resultan diferentes; antagónicos y también complementarios, esquemáticos o matizados, sus discursos reproducen experiencias que ilustran un espacio y un tiempo donde hombre y naturaleza, desde una perspectiva

<sup>10</sup> Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, FCE-SEP, México, 1985, p. 9.

<sup>11</sup> Jesús Ruvalcaba Mercado y Juan Manuel Pérez Ceballos, *La Huasteca en los albores del tercer milenio*, INI, UACH, IPN y otros, México, 1997, p. 28.

actual, admiten lecturas múltiples, pero sobre todo, perfilan un futuro que hoy se nos ha echado encima.

## EL CRONISTA Y EL VERSIFICADOR

A fines del siglo XIX, desde el territorio huasteco, se manifiestan los dos autores; uno de ellos, Antonio J. Cabrera, nacido en la capital del estado, muy joven se traslada a la Ciudad de México, donde obtiene el título de ingeniero topógrafo en el Colegio Nacional de Minería, y posteriormente regresa a San Luis donde, además de ejercer su profesión, se dedica a la investigación histórica y geográfica, como socio corresponsal de la Sociedad de Geografía y Estadística. Antes de la edición de *La Huasteca potosina* publicó, en 1872, *Noticias topográficas y estadísticas de la ciudad de León de los Aldamas*.

En los últimos meses de 1872 y los primeros de 1873, Cabrera recorre los tres partidos de la Huasteca: Ciudad de Valles, al que pertenecen “Ciudad de Valles, Tanlajás, San Vicente Tancuayalab y el Tamuin”; Tancanhuitz con “Tancanhuitz, Aquismón, San Antonio, Tampamolón, Tanquián, Xilitla, Huehuetlán y Coscatlán”; y Tamazunchale, integrado por “Tamazunchale, Atztla, Tampacán y San Martín”. Describe su viaje “para que sea conocido aquel país tan poco frecuentado del resto de los potosinos, y sobre el que se tienen ideas muy confusas y erróneas”,<sup>12</sup> descripción donde, según el propio autor: “digo la verdad pura, y que nada he puesto de mi cabeza”.<sup>13</sup> Al visitador no sólo le interesa dar a conocer lo desconocido, busca también atenuar la impresión que de la zona se tiene como de un lugar de conflictos, que efectivamente existían, pero cuya difusión podría desanimar a los futuros inversionistas.

El otro autor, Marcelino Sánchez, mestizo cafetalero, nació en la villa de Coscatlán en el año 1836. En 1888 decide publicar la primera edición de *Poesías líricas*, y en carta al tipógrafo le solicita que imprima sólo dos ejemplares, porque:

Deben estar llenos de errores en razón a que ignoro las reglas de la poesía, y además no tuve ni tengo ninguna ilustración literaria, pues en las diferentes escuelas de primeras letras, únicas a las que asistí, sólo aprendí medianamente a leer, escribir y contar; habiéndome dedicado desde muy joven y con tenaz empeño, a la agricultura que ha sido, es y será todo mi encanto.<sup>14</sup>

Pese a la modestia del escritor, en 1891 publica en mayor tiraje sus *Poesías líricas*, un grueso volumen de 419 páginas con la obra corregida y aumentada, libro que su amigo Jesús Terán, también poeta, le da a conocer al cura de Ciudad Valles, don Pablo Rojas, quien opinó favorablemente de la misma el 2 de mayo de 1894, pues así lo versifica Terán en su

<sup>12</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 6.,

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>14</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. VI.

carta: “Que es esta la primera obrita/ Que de Huasteca ha salido:/ Que es natural, es bonita,/ Su lenguaje divertido;/ Y así que te felicita.// Que muy bien la puedes dar/ al público sin temor./ Que te puede asegurar/ aplausos has de alcanzar/ Como huasteco escritor.”<sup>15</sup>

El libro de Cabrera aparece justo al inicio del porfiriato; el de Sánchez, en la plenitud de este periodo. Y ambos, en torno a un espacio común plasman una mirada que nos permite entender la relación —cualitativamente diferente— de dos potosinos con su Huasteca.

El ingeniero, llegado de fuera, se encanta con “sus árboles gigantescos, sus oscuros bosques y la multitud de vegetales que los pueblan; y aumentó más mi sorpresa al encontrar diversas razas de habitantes, distintas costumbres, y variados idiomas”.<sup>16</sup> “Llueve casi todos los meses del año, y las mañanas son comúnmente neblinosas, lo que origina una humedad permanente que se hace sensible en las materias oxidables y delicuescentes”.<sup>17</sup> El cafetalero nacido y criado en la Huasteca también se impresiona ante la fuerza de esa naturaleza:

Rugiendo el rayo con furor creciente/ Y el viento atronando en sus silbidos,/ Estremecen con los múltiples sonidos/ Escuchándose ruido aterrador./ Surca el aire materia incandescente/ Luchando sin cesar los elementos,/ Parece que del mundo los cimientos/ Van a ser desquiciados con furor./ Descienden impetuosos los torrentes/ Van formando magníficas cascadas;/ En su curso se ven arrebatadas/ Las cabañas del triste labrador./ Y saliendo de madre las corrientes,/ Por completo arrasando las riberas,/ Destruyen pintorescas sementeras/ Debidas al trabajo y al sudor.<sup>18</sup>

En ambas expresiones la naturaleza resulta una presencia insoslayable, pero Cabrera se encuentra en la Huasteca para configurar postales que promocionen la región, lo que en un futuro próximo hará posible su transformación. La necesidad de remodelar un entorno físico que se aleje lo más posible de su estado natural es una aspiración de la modernidad, y sus ejecutores habrán de sentirse más tranquilos y apropiados en un nuevo escenario, donde la depredación resulte un gesto “natural”. La finalidad de Sánchez es otra: testimoniar, sin remitente específico, una realidad donde la relación con la naturaleza aún no ha sido enajenada por la explotación a gran escala, donde predomina cierto respeto animista a la tierra y sus productos, y sobre todo, se produce para las necesidades locales y no para un mercado internacional. Lo notable al contrastar la escritura de los dos autores es que en los versos del cafetalero hay una relación muy diversa con el entorno; se le goza y se le padece y es el trabajo el principal medio de relación con la naturaleza; en cambio, en la versión del visitador, la perspectiva publicitaria metamorfosea el entorno en un paraíso terrenal, además de

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 335.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>18</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 320.

proponer el espacio geográfico como tierra de nadie, y por lo mismo, “un reto para los hombre emprendedores”. Las nociones positivistas acerca del progreso material, tan necesario en ese momento, se perciben claramente en el visitador quien considera un desafío para la modernidad la apropiación de los recursos naturales de una cultura milenaria, que es vista como un lastre para el desarrollo nacional.

En *La Huasteca potosina. Ligeros apuntes sobre este país* resalta la abundancia de bosques impenetrables donde sus árboles, arbustos y plantas entrelazan sus tupidas ramas, y no dejan penetrar la vista; lo que hace que en mucha parte escaseen los pastos, y sea impropio para la cría de ganados; pero muy feraz para la agricultura, pues en todas partes se producen abundantes frutos sin tener que trabajar la tierra con arado.<sup>19</sup>

Sin embargo, la región había de convertirse en ganadera, como el principal negocio de los no indígenas. Y prosigue la enumeración el ingeniero: “A poca distancia de esa Villa [Xilitla] está una veta de carbón de piedra que parece ser de buena calidad, y también se encuentra petróleo, aunque ni aquella ni este se benefician”.<sup>20</sup> “Vengan por ello”, parece clamar el visitador a quien parece dolerle la indiferencia empresarial frente a tales tesoros, y para el que parecen no existir los milenarios habitantes de la zona. Las consecuencias del trabajo pionero de Cabrera —entre otros— se verían posteriormente:

Caudillos revolucionarios, latifundistas, las compañías petroleras en manos de extranjeros, y a partir de los años cuarenta los líderes petroleros, reforzaron el proceso de concentración de tierras y capital, tanto por las posibles riquezas contenidas en el subsuelo como para dedicarlas a la ganadería extensiva, actividad bastante lucrativa [...] la contraparte de este proceso es la pulverización de la tenencia de tierra en las comunidades indígenas, que mantienen un crecimiento demográfico por arriba del promedio nacional.<sup>21</sup>

Cabrera insiste en la construcción promocional del paraíso:

...en la Huasteca es raro un rato de viento fuerte, y lo más del tiempo está la atmósfera tan quieta que no se mueven las hojas de los árboles. Tan acostumbrados están aquellos habitantes a esta tranquilidad del cielo, que en los puestos de las plazas, en los tiempos de fiestas y en las iluminaciones de las casas, usan de noche velas de sebo al aire libre, sin faroles ni guardabrisas que para nada necesitan.<sup>22</sup>

Nuestro narrador visitó la región en invierno, y obviamente sólo conoció un aspecto del clima huasteco, lo cual implica una evidente desventaja para configurar una visión amplia

<sup>19</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 10.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>21</sup> Jesús Ruvalcaba Mercado y Juan Manuel Pérez Ceballos, *op. cit.*, p. 33.

<sup>22</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 16.

de la región. A diferencia de don Marcelino que conoce las cuatro estaciones y puede expresar esa diversidad paradisiaca y destructiva:

Reina al pronto, terrible y sorda calma/ suspendiendo la brisa su corriente,/ esa calma terrible e imponente/ que presagia furiosa tempestad./ [...] Y la lóbrega noche casi es día/ Porque en un continuar relampaguea,/ Allá en las nubes sin cesar planea/ Refulgente y hermoso resplandor./ [...] Mas el viento tenaz, tan impetuoso/ Encontrándose al fin equilibrado/ Sosiega y el Oriente coloreado/ Nos anuncia que el día va a llegar./ [...] Donde ayer estuvieron poblaciones/ Que a lo lejos, en plácida mañana/ presentaban grandioso panorama/ A los ojos de algún observador:/ Hoy se miran, tan solo, inundaciones/ Las aguas ocupando sus lugares/ O acaso, cubiertos por los mares/ Como en Java ¡aspecto aterrador!/ [...] Al ver el labrador, entristecido,/ Su labor por el agua arrebatada,/ La familia del hambre amenazada/ Y la horrible miseria a su portal.<sup>23</sup>

Evidentemente la naturaleza no es un espacio neutro; la interacción con ella determina una enorme gama de matices que una mirada externa y circunstancial difícilmente puede percibir; si a ello se suman las finalidades para las que es descrita, la configuración de ese espacio único expresará necesariamente perspectivas distintas.

## DOS VISIONES Y UN MUNDO

El ingeniero topógrafo insiste en que el suicidio entre los indígenas, el amasiato, la sevicia y la embriaguez, son “resultado de su barbarie”, como si no hubiera muchas otras razones para suicidarse. Ya en los inicios de la conquista española, se sabe que Nuño de Guzmán marcó como animales a 10 mil huastecos, y que muchos otros prefirieron el suicidio a la humillación. Cabrera cuenta de una mujer que se colgó con su faja en Aquismón, y de otra ahorcada con su rebozo en Tancanhuitz; para suprimir el suicidio propone la ilustración civil y religiosa: “crear una nueva generación que sea más ilustrada y tenga distintas ideas”.<sup>24</sup> Observa “que los que se educan en las escuelas cambian de vestido y de costumbres y procuran imitar a la gente llamada de razón”.

Resulta significativo que nunca haya dicho que hay guerra, pero la dé por hecho al proponer “una paz larga y los buenos caminos” para que llegue gente de afuera, se amplíe el comercio, y así, “con el continuo roce de éstas puedan cambiar las costumbres. Ya hemos visto en varios puntos del estado de San Luis lo mucho que han cambiado las costumbres de los indígenas en el roce con la gente civilizada”.<sup>25</sup> De nuevo se establece que la única posibilidad, para el indígena, de integrarse al nuevo país que impone don Porfirio es la inmediata aniquilación cultural.

<sup>23</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 324.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 114.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 115.

El positivista darwinista imagina la sociedad como el espacio de un orden donde los humanos sólo pueden asumir dos roles: inferiores o superiores. Para esta visión porfiriana, ser rico otorga superioridad social porque sólo ellos están en posibilidad de ofrecer “grandes servicios a la humanidad”, lo cual potencia igualmente una superioridad moral. Dice Miguel S. Macedo, uno de los ideólogos principales del grupo de los científicos, que para el pobre:

la ciencia y la moral quedan fuera de su alcance: la primera porque para cultivarla es necesaria, desgraciadamente, una tranquilidad de espíritu y un descanso del cuerpo... la moral, porque la miseria no consiente los absurdos sentimientos del altruismo, porque gastándose toda actividad cerebral en conquistar, no ya un porvenir, sino un presente menos angustioso que el que se posee, es imposible pensar siquiera en el porvenir o en el presente de otros.<sup>26</sup>

En descargo de los “científicos” se debe reconocer que el grupo porfirista en el poder, al fin poseía “un método importado, al que se considera infalible, y la construcción de la nueva sociedad tendrá que hacerse de acuerdo con los lineamientos que señala dicho método. Lo importante de dicho método es el orden, lo único que se podía desear después de un pasado pleno de desorden”.<sup>27</sup>

Respecto al animismo prehispánico, Cabrera no entiende la preocupación de los indígenas, “de creer que tienen inteligencia las cosas inanimadas” puesto que antes de cortar un árbol “le hablan, diciéndole que no se enoje, que le van a poner un molino de caña”, y que al clavar el palo en la tierra pongan comida y aguardiente en el hoyo “para que coma y beba el palo al que le están diciendo que no se enoje”.<sup>28</sup> Don Antonio no tenía obligación de pensarlo, pero si los grandes talamontes de la Huasteca o los actuales contaminadores de ríos hubieran repetido ese gesto, la ecología de la región sería otra.

Y el visitador continúa: “Por la enumeración que he hecho de las costumbres de los indígenas se conocera que en todo el resto de la república están por civilizar, y constituyen una raza abyecta y deprimida que no da esperanzas de ilustrarse ni de cambiar sus costumbres en mucho tiempo”.<sup>29</sup>

Leopoldo Zea nos dice: “El orden y la paz sólo eran posibles mediante el orden y la uniformidad de las mentes; a dicha uniformidad debían someterse en adelante todas las ideas, todas las creencias y todas las opiniones que se pudiesen tener. Hacer otra cosa implicaba la vuelta a la crisis, al sentimiento de inseguridad.”<sup>30</sup>

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 169.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 155.

<sup>28</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 116.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>30</sup> Zea, *op. cit.*, p. 158.

Cabrera recrimina a los nativos huastecos que miren “al hombre civilizado con cierto desapego”, y muy probablemente con inconsciente envidia los descalifica porque: “sólo están contentos cuando viven solitarios en los quiebros de las montañas, a la sombra de los árboles seculares, a orillas de las corrientes de cristalinas aguas, disfrutando los puros goces de la naturaleza como el hombre primitivo, que a nadie sirve y de nadie necesita”.<sup>31</sup>

Con inconfesado temor, el ingeniero topógrafo ironiza porque los indígenas evocan la misteriosa sombra del gran Moctezuma; esperan en él un redentor. Creen que en algún tiempo será rehabilitada su valiente raza, y volverá a ocupar el distinguido lugar que tenía, antes de que el temerario Hernán Cortés después de incendiar sus empavesados buques, se internara con unos cuantos aventureros a explotar las disensiones domésticas que entre los mexicanos y los compatriotas de Xicoténcatl existían.<sup>32</sup>

Y condescendiente, plantea su solución: “A los gobiernos pertenece violentar la rehabilitación de la raza indígena por medio de la instrucción”. Eco que aún resuena, pues el objetivo de los gobiernos postrevolucionarios fue “mexicanizar al indio”. Lo homogéneo, como civilización planteada desde el último cuarto del siglo XIX, conjuntó después de la Revolución las relaciones estructurales y las perspectivas ideológicas necesarias para suprimir “legalmente” a las culturas indígenas.

Así se construyó un proyecto de sociedad que suponía la abolición de la alteridad como forma de aspirar a la modernidad de la época. Lo que se consideraba un acto civilizatorio basado en un humanismo universalista, ahora es prácticamente tipificable como un delito: el etnocidio.<sup>33</sup>

Porque ya lo decía Manuel Ramos, de la Asociación Metodófila: “Al gobierno no debe preocuparle el que perezcan o no los débiles, ya que ello a fin de cuentas redundará en bien social, pues no aumentarán los menos aptos”.<sup>34</sup>

No se puede dejar de pensar en las actuales políticas globalizadoras; ahora resulta que tanta modernidad es, simple y llanamente, darwinismo social decimonónico. Tanto Miguel Macedo como Manuel Ramos plantean la ideología que encuentra su apogeo en el Porfiriato, y parecen resucitar en estos tiempos.

Y justo en el momento en que Macedo, Ramos y Cabrera, mestizos urbanos, encubren su racismo con modernas ideologías, los mestizos rurales Sánchez y Terán, en un discreto rincón de la Huasteca potosina continúan su relación epistolar versificando sobre su mundo inmediato. Don Marcelino le escribe a su amigo:

<sup>31</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 117.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 118.

<sup>33</sup> Miguel Alberto Bartolomé, *op. cit.*, p. 28.

<sup>34</sup> Zea, *op. cit.*, p. 175.



Me dicen que en el cauce de un río/ Mil lagartos pululan muy dientones./ Que las carnes arrancan en jirones/ O las víctimas tragan sin mascar./ Recordarlo me da hasta escalofrío./ Ya parece te miro entre sus dientes./ De las aguas luchando en las corrientes/ Sin poder tu enemigo acuchillar./ / Lagartos y zancudos yo de nombre/ Tan sólo les conozco la existencia/ Y espero de tu amable complacencia/ Sus figuras me puedas explicar.<sup>35</sup>

Con presteza, don Jesús responde a los cuartetos endecasílabos de su amigo con ágiles décimas octosílabas, y comienza a desplegar un delirante zoológico:

Es cierto que en este río/ Hay lagartos por mayor/ Mas sólo ocupo temor/ Cuando me baño en estío./ En el agua desconfío/ Porque allí es grande enemigo./ Yo de muerte los persigo// Con la bala o la *guillarda*./ En tierra no me acobarda/ Pues hasta ahorcarlos consigo.// El lagarto que pulula/ En este río, es caimán,/ Aqueste nombre le dan/ O así se le titula./ Es largo, se le calcula/ Ochenta y cuatro pulgadas./ De grueso, treinta, pasadas,/ Y sesenta y cinco dientes,/ Nunca vive en las corrientes/ sino en las aguas paradas.// Cuando entre la primavera/ Salen ellos mucho a andar,/ Y se les puede encontrar/ De los márgenes afuera,/ Y por más que el hombre quiera/ Que avancen un solo paso/ Yo nunca he visto este caso/ Aunque se emplee el rigor./ Además tienen hedor/ Igual al del calabozo.// Tiene el lagarto el hocico/ Muy largo pero tableado./ Tiene el ojo muy saltado/ Y en la cola más de un pico./ (Ya mejor no se lo explico/ Pues mi ciencia más no alcanza). Es más grueso de la panza,/ Que de otro cualquier lugar;/ Tiene patas y al andar/ Solo arrastrándose avanza.// Amarillo es su color/ De manchas negras pintado/ Su cuero es muy aconchado/ Por la parte superior./ Y por la parte inferior/ Se parece al del lauché;/ Lo que vive no lo sé./ De esto no tengo experiencia/ Perdone mi insuficiencia/ Y de esto aquí terminé.<sup>36</sup>

Sin embargo, en carta posterior amplía el tema:

El lagarto a mi entender,/ Como entre las aguas vive/ Allí la hembra concibe/ Y sale a tierra a poner;/ Su nido procura hacer/ Del monte entre la espesura./ Forma un montón de basura/ Y pone allí de una vez/ Sesenta y cuatro más tres/ Huevos en una postura.// Concluida esta operación/ Tapar los huevos procura,/ Encimándoles basura/ Hasta hacer un gran montón./ Y hace allí su habitación/ Mientras nacen los chiquitos;/ Tal vez oye los grititos/ y entonces destapará/ Y del nido sacará/ A todos los lagartitos.// Entonces sin más qué hacer/ Se los echa al espinazo/ Y si unos huevos acaso// Han quedado sin nacer./ Los empieza a recoger/ Y los lleva entre el hocico./ El por qué, yo no lo explico/ Pero el caso se relata.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 248.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 255.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 397.

## LA MODERNIDAD PESIMISTA

Mientras, al final de su libro, el ingeniero Cabrera se despide con la conciencia tranquila, que para eso sirve la ideología, recalcando no tener:

... más deseos que dar a conocer aquella región privilegiada, ver por el progreso de la Huasteca y del Estado, retribuyendo a la primera el aprecio que me manifestaron sus buenos habitantes, y al gobierno del segundo la distinción que hizo en mi persona, al darme un nombramiento para el que no estoy ameritado.

En tanto don Marcelino le da espacio a otra voz en *Poesías líricas*, es la del peluquero Maclovio Orta, quien despedido porque su pretendida se fue con otro más adinerado, escribe la siguiente estrofa: “Siempre el pobre es un perdido,/ Siempre le han de hacer a un lado,/ Siempre se verá ofendido/ De aquella que tanto ha amado/ Y al fin es aborrecido”.<sup>38</sup>

Solitario y entendedor, el cafetalero responde a Maclovio:

Si el pobre fuera un perdido/ Dios naciera en la opulencia,/ Siempre el pobre es más sufrido,/ Siempre lleno de paciencia,/ Mientras el rico atrevido/ Ve a todos con insolencia.// [...] La mujer que es de talento/ Nunca ha preferido el oro,/ Sólo a noble sentimiento/ Guarda su fe y su decoro,/ Y nunca al rico avariento/ Llega a entregar su tesoro.<sup>39</sup>

En la versificada correspondencia que Marcelino Sánchez mantiene con diversas personas, aparece un conjunto de poemas donde se refleja su pesimismo, una conciencia ética que, ante la comprensión de los aconteceres, sólo puede ser amarga; así le escribe a un Pascual Enríquez el primero de febrero de 1884:

Pasa un año, pasa otro año/ Y luego olvido profundo;/ Es la costumbre, es el mundo./ ¡Es todo farsa y engaño!// Nuestros goces son ficción,/ Nuestra dicha: pasajera;/ El hombre va, y por doquiera/ Encuentra tribulación.// Ese mal es un abismo,/ Ni dónde encontrar abrigo/ Nuestro mayor enemigo/ Es nuestro mismo linaje.

Y en posterior carta al mismo destinatario, le envía una sentida reflexión sobre la violencia y el abuso, pues el *spleen* del poeta agricultor no es sólo de índole existencialista sino que implica hondas cuestiones sociales:

Yo pregunto con pasión,/ Las piezas de artillería/ Tan reformadas hoy día/ ¿Por quién y para qué són?// Las pistolas niqueladas/ Que pendiendo al cinto van,/ Yo pregunto con afán/ ¿Para qué fueron formadas?// Aquí no hay tigres, panteras,/ Leones, lobos homicidas,/ Luego esas armas temidas/ No han sido para las fieras.// Armas de repetición/ Que al humilde dan angustia,/ Al inventarlas la industria/ ¿Cuál ha sido su intención?<sup>40</sup>

<sup>38</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 108.

<sup>39</sup> *Idem.*

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 120.

Luego, extiende su queja contra la decadencia moral que enceguece al hombre. En el siguiente describe un paisaje con melodías selváticas, árboles rebosantes de frutos, aves alimentando a sus polluelos, “colibrís de vivísimos colores/ que en las rosas se ven revolotear”, insectos despertando al abrigo del sol, “brisas matinales suspirando”, temblantes gotas de rocío que “asemejan a piedras de diamantes”, transparentes arroyos que ignora el humano.

Y el hombre... siendo el más inteligente/ De los seres que forman la creación./ A todo esto se muestra indiferente./ Para nada cautiva su atención.// Advirtiéndose en grandes poblaciones/ Crecido movimiento sin cesar./ Siguiendo cada cual sus atenciones/ Que todas se reducen a medrar.// Quién dijera que va a llegar un día/ En que esa bulliciosa animación/ Abajo de una losa oscura y fría/ Allí va a terminar, ¡sin distinción!<sup>41</sup>

En este poema el vate huasteco tiene resonancias bíblicas y es muy probable que conociera el “Libro de Job”, donde este personaje se lamenta de que a buenos y malos espera el mismo destino: “Muere éste en plena prosperidad,/ cuando todo florecía y estaba en seguro,/ [...] Muere aquel en medio de la amargura de su alma,/ sin haber gozado de bien alguno,/ y con todo juntamente yacerán en el sepulcro,/ y a uno y a otro los recubren los gusanos.”<sup>42</sup>

El desencanto de Marcelino Sánchez en medio del optimismo positivista lo transforma en crítico del régimen sin que lo explicita; su desaprobación a un mundo donde el progreso material avasalla la espiritualidad, lo vuelve una conciencia modernista, pese al anacronismo de sus formas poéticas.

En un largo poema, compuesto por octavas endecasílabas con rima ABBCADDC, que escribe a doña María Oliva Dosamantes, su amiga de la Ciudad de México, don Marcelino manifiesta su rechazo a la bonanza oficial que de alguna manera intuye nefasta, desde su cafetal: “Esa gran sociedad tan corrompida/ Oro quiere, valor veintiún quilates,/ Nada importan crecido disparates/ Como logre ese objetivo conseguir./ Y aunque se convierta en fraticida/ Desollando vilmente a sus hermanos,/ Metal de diez dineros, veinte granos/ A sus arcas procura introducir.”<sup>43</sup>

Esta misma actitud se reitera en un poema anterior, curiosamente un texto amoroso en donde sólo la mujer puede consolarlo y a ella le dice:

Cansado de luchar ¡no hay esperanza!/ La triste sociedad ¡no tiene enmienda!/ Los hombres viven en fatal contienda,/ Animados de mutua desconfianza.// [...] Del mundo en la maldad tan positiva/ No alcanzo a vislumbrar una semblanza/ Se mira aparecer en lontananza/ Un

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 305.

<sup>42</sup> *Sagrada Biblia*, traducción de Eloíno Nacar Fuster, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 1955, p. 675.

<sup>43</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 274.

triste porvenir en perspectiva.// Pero en medio de tanta pesadumbre/ Tu cariño me sirve de consuelo.<sup>44</sup>

Él, que es un hombre admirador del progreso tecnológico y de la inteligencia humana, a finales del siglo XIX ha entendido el inicio de la decadencia y se amarga en medio del impulso depredador con que un gobierno actualiza su país.

Ensoberbecido, el hombre moderno del siglo XIX sustituyó la idea de lo sagrado por el interés del capital, y no percibió —como no lo hace ahora— que al excluir esta dimensión se automutilaba. Al entregarse al espejismo de la administración humana del planeta para su inmediato beneficio, se despojó de toda noción de ofrenda o deuda, eliminando cualquier sentido de equidad o repartición, lo cual sólo pudo derivar en la catástrofe ecológica y política actual. Ya lo decía George Bataille: “La búsqueda milenaria de la identidad perdida es abandonada por la humanidad productiva”.

Saque el lector sus conclusiones. El ingeniero Cabrera y su libro *La Huasteca potosina. Ligeros apuntes sobre este país*, y el agricultor Sánchez y su libro *Poesías líricas: formas de leer el mundo y de apropiárselo*; seres que se conocieron sin saberlo; discursos que reviven luego del olvido de más de un siglo; antigüedades llenas de actualidad. Lenguaje que incorpora silencios. ❧

FECHA DE RECEPCIÓN: 1/II/99

FECHA DE ACEPTACIÓN: 11/II/99

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Robledo, Miguel. “Los condeñazgos del oriente de San Luis Potosí, México del finales del siglo XIX a principios del XX: algunas reflexiones teóricas”, manuscrito, San Luis Potosí, 1998.
- Almazán Cadena, Antonio. *Geografía de San Luis Potosí*, Grupo Cultural Raíces, 1996.
- Arizpe, Lourdes (coord.). *Antropología breve de México*, Academia de la Investigación Científica, México, 1993.
- Auerbach, Erich. *Mimesis*, FCE, México, 1996.
- Bailly, Jean Cristophe. *Adios. Ensayos sobre la muerte de los dioses*, JGH editores, México, 1998.
- Barthes, Roland. *Ensayos críticos*, Seix Barral, Barcelona, 1987.
- Bartolomé, Miguel Alberto. *Gente de costumbre y gente de razón*, Siglo XXI-INI, México, 1997.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 85.

- Bataille, Georges. *La parte maldita*, editorial Icaria, Barcelona, 1987.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia*, FCE, México, 1996.
- Brumel, Pierre e Yves Chevrel. *Compendio de literatura comparada*, Siglo XXI, México, 1994.
- Cabrera, Antonio J. *La Huasteca potosina. Ligeros apuntes sobre este país*, Tipografía del Comercio, S.L.P., 1876.
- Cabrera Ipiña de Corsi, Matilde y María Buerón Rivero de Bárcena. *La lonja de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, edición particular, s/f.
- Campos, Rubén M. *El bar. La vida literaria de México en 1900*, UNAM, México, 1996.
- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México, 1993.
- Facha, José María. *Idilio bucólico*, Imprenta de El Diario, San Luis Potosí, 1900.
- Foucault, Michael. *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona, 1980.
- Galbraith, John Kenneth. *Un viaje por la economía de nuestro tiempo*, Ariel, Barcelona, España, 1994.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos*, Muchnik, Barcelona, 1996.
- Gramsci, Antonio. *Literatura y vida nacional*, Juan Pablos editor, México, 1976.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Estudios Mexicanos*, CNCA, México, 1984.
- Historia General de México* (varios autores), tomo III, El Colegio de México, 1976.
- Lomnitz-Adler, Claudio. *Las salidas del laberinto*, Joaquín Mortiz, México, 1995.
- Lucrecio. *De la natura de las cosas*, traducción de Rubén Bonifaz Nuño, UNAM, México, 1984.
- Lupo, Alessandro y Alfredo López Austin (comp.). *La cultura plural*, UNAM, México, 1998.
- Maignueneau, Dominique. *Introducción a los métodos del análisis del discurso*, Hachette, Argentina, 1980.
- Medina Díaz, Ernesto. *El oficio del destino*, Instituto de Cultura de San Luis Potosí–Unidad Regional de Culturas Populares de Querétaro, 1997.
- Pacheco, José Emilio (selección, introducción y notas). *Antología del modernismo (1884-1921)*, tomo I, UNAM, México, 1970.
- Pacheco, José Emilio y Carlos Monsiváis. *La poesía, siglos XIX y XX*, editorial Patria, México, 1992.
- Pecheux, Michel. *Hacia el análisis automático del discurso*, Gredos, Madrid, 1978.
- Rovira Gaspar, Ma. del Carmen. (coordinación, introducción y textos) *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México. Siglo XIX y principios del XX*, UNAM, México, 1997.
- Ruvalcaba Mercado, Jesús (coord.). *Nuevos aportes al conocimiento de la Huasteca*, INA, UACH, IPN y otros, México, 1998.

Ruvalcaba Mercado, Jesús y Pérez Ceballos, Juan Manuel (coords.). *La Huasteca en los albores del tercer milenio*, IPN, UACH, INI y otros, México, 1998.

Said, Edward W. *Cultura e imperialismo*, editorial Anagrama, Barcelona, 1996.

Sánchez, Marcelino. *Poesías líricas, 2a. edición corregida y aumentada notablemente*, Litografía de Esquivel y Compañía, San Luis Potosí, 1891.

Santos Santos, Pedro Antonio. introducción, transcripción y notas de Isabel Monroy, *Memorias*, Archivo Histórico de San Luis Potosí, 1991.

Semo, Enrique (comp.). *México un pueblo en la historia*, Ed. Nueva Imagen-Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

Steiner, George. *Después de Babel*, FCE, México, 1980.

Zavala, Jesús. *Manuel*

*José Othón. El hombre y el poeta*, UNAM, México, 1952.

Zea, Leopoldo. *El positivismo y la circunstancia mexicana*, Fondo de Cultura Económica-SEP, México, 1985.



Muchacho indio. Juan Kaiser